

entender, hayan remediado los desperfectos. Y hace también centenares de años que caballos, mulos y camellos, por no existir unas malas tablas de dos metros de largo que pongan en comunicación directa la orilla y el lanchón, corren el peligro de romperse las piernas y aun se las rompen á menudo al saltar de aquélla á éste. Pues bien, á nadie se le ha ocurrido que podría construirse fácilmente un puente de barcas, ni persona alguna ha pensado en establecer tan sencillo y primitivo embarcadero; con la circunstancia, sólo comprensible en este país, de que se mira con profundo estupor, cual si se les echara en cara el no haber realizado un prodigio, á aquél que se resuelve á hablarles de la carencia de dichos elementos. En diferentes puntos el río se atraviesa sobre haces de cañas, y hasta los ejércitos lo pasan generalmente por medio de puentes flotantes, formados con odres rellenos de aire, y cubiertos de ramaje y tierra.

Descabalgamos, y por medio de un sendero de rápida pendiente, llegamos hasta las barcazas.

La primera, después de haber hecho dos ó tres largos rodeos para salvar las corrientes y huir los remolinos, trasladó á la opuesta orilla todo el personal italiano.

Desde dicho punto asistimos y presenciarnos el pasaje de la caravana entera.

¡Qué cuadro más extraño! Aún me parece estarlo viendo en el momento en que ofrecía mayor animación. En medio del río se balancea uno de los lanchones, colmado de camellos y moros que semejan una caravana de mercaderes; en tanto que algo más lejos se distingue el otro, portador de los caballos y jinetes de la escolta de Fez, en medio de los cuales ondea el estandarte de Mahoma, y resalta el rostro y el turbante de muselina del cadí. Al lado de allá del río, en

medio de una gran confusión de caballos, mulos, criados y cajas, que llenan dilatado espacio en la orilla, blanquea la arrogante figura del gobernador Ben-el-Abbassi, sentado sobre un ribazo en medio de sus oficiales, á la sombra de su soberbio corcel negro, gualdrapado de azul. Á lo alto de la orilla, que parece el muro de una fortaleza, detrás de una larga hilera de árabes campesinos, sentados en el borde, con las piernas colgando, vense alineados los doscientos jinetes del gobernador, que, contemplados de esta suerte, sobre el fondo azul del cielo, ofrecen la apariencia de doscientos gigantes. Algunos criados negros, completamente desnudos, se zambullen y vuelven á zambullirse, rociándose unos á otros y dando grandes gritos. Varios árabes lavan sus andrajos en la orilla, según la manera del país, es decir, bailoteando encima de ellos como títeres: otros atraviesan el río á nado. Sobre nuestras cabezas desfilan bandadas de cigüeñas: á lo lejos, junto á la orilla, se levanta una columna de humo procedente de un grupo de tiendas de beduinos: los barqueros entonan una plegaria para que el Profeta los saque con bien de la empresa: las aguas, heridas por el remo, lanzan chispas de oro; y Selam, de pie, á diez pasos de nosotros, con su famoso caftán, produce sobre este inmenso cuadro animado y semibárbaro, la más armoniosa manchita rosada que pueda imaginar el más diestro pintor.

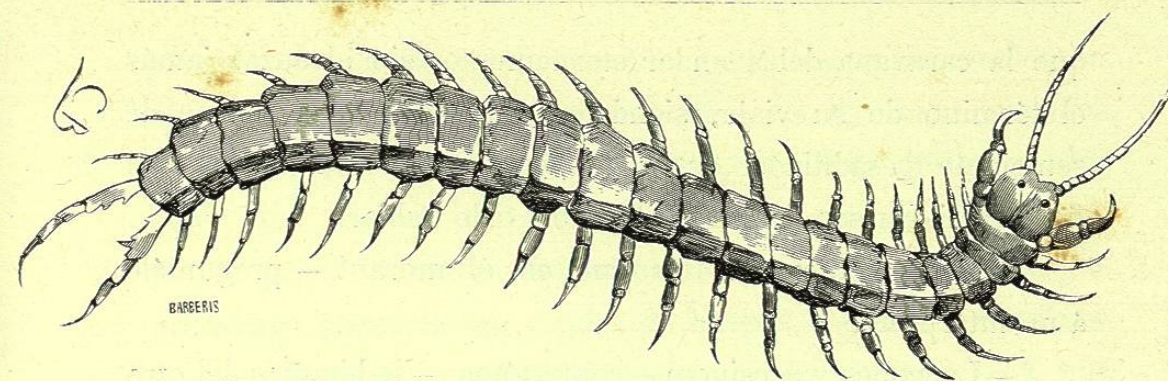
El pasaje duró muchas horas, y á medida que se verificaba, la caravana se ponía en orden y seguía adelante.

Cuando se hallaron en la orilla izquierda los últimos jinetes, el gobernador Ben-el-Abbassi montó á caballo y reunió su gente en la parte alta de la orilla opuesta.

En el instante de partir, el embajador y todos nosotros levantamos la mano en señal de despedida.

La escolta de Karia-el-Abbassi contestó con una descarga cerrada y desapareció; pero durante algunos instantes pudimos contemplar todavía, envuelta en nubes de humo, la hermosa figura blanca del gobernador levantándose sobre los estribos, con el brazo extendido hacia nosotros en señal de despedida y afectuosa amistad.

Acompañados, pues, únicamente por la escolta de Fez, penetramos en la tierra tristemente famosa de los Beni-Hassen.



Cienpiés

## BENI-HASSEN

**D**URANTE más de una hora anduvimos al través de una dilatada llanura, en cuyos campos crecía la cebada con gran vigor y lozanía, de suerte que sólo asomaban por encima de la misma, aquí y allá, la cabeza de un camello, la parte superior de alguna tienda negruzca, y las nubes de humo que en torcidas espirales escapábanse del interior de éstas. Á cada paso veíamos que atravesaban rápidamente el sendero que seguíamos, escorpiones, lagartos y serpientes. El calor era tan intenso, que bastó aquel breve espacio para que las sillas se pusieran calientes, hasta el punto de no poder tener en ellas la mano. Los rayos del sol nos ofendían la vista, el polvo nos ahogaba, y por lo tanto, no hay para qué decir que nadie desplegaba los labios. La llanura ilimitada que ante nuestras miradas se extendía, producíame una impresión terrible, pues me hacía imaginar